

## CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

## COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Bixen)

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel  
Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

	3	La comunidad cristiana
<i>Julia Alessi de Nicolini</i>	9	La comunidad cristiana. Planteo antropológico
<i>Florian Pitschl</i>	18	El <i>nosotros</i> en Dietrich von Hildebrand
<i>Guillermo Vido</i>	29	Repensar la parroquia para renovarla
<i>Octavio Groppa</i>	44	Movimientos e iglesia local
<i>Jorge Scampini</i>	60	La Iglesia en su búsqueda ecuménica de la comunión
<i>Gioacchino Lanza Tomasi</i>	77	Una valoración contemporánea de <i>Il Gattopardo</i> : la reconciliación entre Iglesia y liberalismo
<i>Francisco Bertelloni</i>	89	Mercedes Bergadá. In memoriam

---

# Una valoración contemporánea de *Il Gattopardo*: la posible reconciliación entre Iglesia y liberalismo

Gioacchino Lanza Tomasi\*

Asegurar que *Il Gattopardo* pertenece a la novelística dependiente del pensamiento liberal es correcto. Pero los cien años que separan los sucesos narrados del momento en que fueron escritos, introducen una diferencia sustancial para la perspectiva en que fueron expuestos. De hecho *Il Gattopardo* no es un texto anticlerical, siendo como es la obra de un escritor que vive la confrontación entre el Estado y la Iglesia a treinta años del Concordato y que por lo tanto examina el tremendo duelo entre pensamiento laico y religioso desde una perspectiva histórica.

Soy consciente al afirmar que también este punto de vista, sobre el cual buscaré ser más preciso, depende de un mensaje poco explícito de Lampedusa, que consiste en que *Il Gattopardo* es una particular reencarnación del *roman philosophique*.

Mi relación con Lampedusa fue, en vida de él, breve e intensa (tres años completos), seguida de un período de emancipación con momentos salteados de acercamiento, y de un último decenio de reflexión y reconsideración, asociado a la publicación de su legado literario y a las búsquedas biográficas aún en curso. Un punto de partida

---

\*Gioacchino Lanza Tomasi fue presidente del Istituto Italiano di Cultura en New York. Desde 2001 ha pasado a la Sovrintendenza del S. Carlo di Napoli. Está por publicar *I luoghi del Gattopardo*.

para la reconsideración de su obra literaria son sin duda los dos ciclos de *Lezioni di letteratura*.

Ellas nacieron sin duda del encuentro con una nueva generación, pero están narrados como la transmisión de una esperanza; son, por decirlo de alguna manera, textos teatrales, *escénicos*, de un solitario que habla a las nuevas generaciones de una pretenciosa ciudad de provincia.

Y él quiere enseñarles, guiarlas de la mano en el reconocimiento del error, depositar en ellas la experiencia de una vida retirada y en la que los valores de Occidente están deducidos de su narrativa, a veces de la ensayística. La transmisión se realiza en la ironía, a veces en la invectiva; la primera es indudablemente un componente primario de comunicación también en *Il Gattopardo*; la segunda está mucho menos representada en la novela o incluso falta el estadio de escarnio declarado, aquel que invade por ejemplo tantas *tirades* anti-melodramáticas de las *Lezioni*.

De aquí al descubrimiento de que *Il Gattopardo* es también una lección, el paso es breve, pero al mismo tiempo, determinante. Determinante porque esta novela que, como ha asegurado Edoardo Sanguineti, está entre las pocas de la literatura en las que el protagonista entra en el vocabulario corriente como modelo del comportamiento (Fabrizio Salina comparte este privilegio con otros pocos: don Quijote, don Juan, Oblomov), está inserto con sus variaciones lexicales, en particular el gatopardismo como modelo de adaptabilidad y transformismo; el pobre don Fabrizio, por el contrario es un alma sustancialmente ética, bastante distante del sobrino Tancredi, él sí invadido de espíritu oportunista. Don Fabrizio cree en los valores, aquellos de la ciencia, sin duda (que es el consuelo de su vida), aquellos de la historia ligada estrechamente a la identidad, sin la cual, en su concepto, el hombre aparece desarraigado; y la identidad significa valores que conservar, comportamientos irrenunciables.

Si la novela es, pues, una apología del pensamiento liberal, si don Fabrizio en la seminconciencia del síncope quería rechazar el sacramento de la confesión, la historia lo induce a ceder, no sólo porque es el príncipe de Salina, descendiente de santos, sino también por la admiración del misterio expresado en la acción litúrgica: "Después

fueron murmuradas las sílabas inmemoriales que derramaron la vida”. Como representación del sacramento, Manzoni no hubiera podido hacer más.

El autobiografismo es una hipótesis indispensable y verídica para el autor de una sola novela (y Lampedusa en sus disgresiones de narratología que emergen con fuerza aquí y allá en las *Lezioni*, ha asegurado categóricamente que la primera novela de todo escritor está siempre signada por la autobiografía). Al mismo tiempo es el particular autobiografismo de un hombre cuya verdadera confortación era la identificación con los héroes de la narrativa ochocentista.

Este hombre de vida gris ciertamente había soñado llegar como Henri Beyle a Milán liberada de los franceses, hubiera querido bajo la ola del pensamiento liberal imprimir un nuevo destino al mundo. Pero el entusiasmo se había aplacado en la lectura de la gran narrativa burguesa, en las novelas de la crisis, Mann, Nietzsche (seguramente rumiado por él), Flaubert, Balzac, la narrativa rusa. Había apreciado identificarse con uno u otro, y deducir de ellos una síntesis histórica donde su héroe es la suma y la reflexión de tantas épocas del hombre, una suma de valores y de experiencias recorridas en un tiempo más allá de la vida y en un siglo distinto, y era preciso exponerla como un texto de meditación para las nuevas generaciones, prontas a repetir los mismos errores.

La dimensión ética de Lampedusa fue influenciada más que por el esplendor representativo que connotan los protagonistas, por la gran narrativa de los modelos políticos.

Admiraba en particular a la democracia inglesa, una democracia que había sido violenta sólo una vez con la decapitación de Jacobo I, pero que no había conocido después una revolución cruenta como la rusa o la francesa. La cuestión del contrato social era el centro de su pensamiento, tanto más porque en Sicilia éste había sido viciado por el engaño de los plebiscitos. Lampedusa advertía el problema crucial de la representatividad, de la *concordia discors* que se hacía posible en varios de las instituciones que aseguraban la participación en los derechos y deberes.

Su Inglaterra, como todo objeto externo, se coloreaba en el mito de la concordia realizada. Hipotizaba un equilibrio, una cohesión de la

sociedad anglosajona, que al decir de todos los ingleses, incluido David Gilmour, su biógrafo, era sustancialmente virtual. También en este contexto Lampedusa fue un constructor de una historia apologética; en la narrativa o en la historia su acción se acercaba a la literatura de la infancia: la fascinación de la narraciones se apoya en una épica edificante, que hace de don Fabrizio un personaje que todos queríamos ser.

Los significados y los fines de *Il Gattopardo* son simples sólo en la apariencia.

Los malentendidos también se dieron en sus viscosidades editoriales. La novela fue considerada, por la corriente radical de la narrativa italiana, poco actual, ochocentista. El original había llegado en 1956 a la editorial Mondadori. Allí Vittorini era el asesor principal para la narrativa, ayudado por un grupo de lectores. Éstos le habían hecho llegar una opinión dudosa, y Vittorini concilió con una respuesta interrogativa, pero ante una toma de posición cada vez más fuerte, la burocracia optó por el rechazo. También Vittorini recibió después el manuscrito en 1957 para la editorial Einaudi. Le envió a Lampedusa, que ya estaba agonizando, una carta detallada. Reconocía algún valor pero concluía que el texto era extraño a la línea de su cadena editorial. Lampedusa sufrió con esto pero comentó que era "el único reconocimiento que le había hecho un literato". En 1958, el año de la publicación, la novela era indudablemente extraña a la actitud blindada entre las posiciones contrapuestas. Regía la excomunión para los adherentes al partido comunista. La contraposición entre "laico" y "creyente" estaba plena de militancia, fundada en el recuerdo de la toma de Porta Pia. La izquierda en efecto se sublevaba en nombre del Risorgimento, entendido como antecedente de la Resistencia. Mientras tanto, Carlo Bo y Geno Pampaloni fueron los primeros en individualizar el trato más universal del texto, como la reconciliación con la muerte, que es el aporte más sustancial de don Fabrizio a la resolución del problema de la existencia, suya y de los lectores. La cuestión anticlerical se atemperaba y se historizaba en las reflexiones del príncipe astrónomo. La Iglesia aparecía como un pilar de su propia identidad. Como en Manzoni, los eclesiásticos son muchas veces humanamente débiles, creyentes farisaicos, pero nunca están incluidos en la

lista de los criminales. Son afines a don Fabrizio en el sentido de que son incapaces de resolver el problema del bien y el mal. Ciertamente, a diferencia de Manzoni, en el *Gattopardo* la fe no está presente en el mundo pero... ¿quién sabe?

Sin duda la novela registra la contraposición entre laicos y creyentes en sus aspectos menos laudables, la rapacidad connota sobre todo al campo liberal, la obsecación al eclesiástico, pero al mismo tiempo en el protagonista y en algunos comentarios aislados sobre el destino último se advierte también toda la problemática de la cuestión; la presencia de Dios no es tan difícil de advertir pero es eminentemente inestable.

Lampedusa no considera a la revelación como una conquista permanente, sino como una especie de iluminación momentánea que es continuamente revalidada. Don Fabrizio es fundamentalmente un laico, salvo en algunos momentos que no alcanza a retener, pero de los que guarda afectuosa memoria. Se podría afirmar que el escritor muestra una atención especial al dualismo humano-divino presente en la naturaleza humana según la escritura.

Un paso fundamental en este sentido es el momento de la parte titulada "la muerte del príncipe", cuando llega el confesor que ha sido llamado.

Se trata de una situación típica de la Italia de fines del Ocho-cientos. El problema se plantea también frente a la muerte de Carducci, masón y netamente anticlerical, mientras de parte de la Iglesia fue tolerada la absolución de los Saboya excomulgados aún en ausencia de abjuración en la toma de puerta Pia.

"Entendió enseguida que se trataba del cura, durante un momento tuvo la idea de rechazarlo, de mentir, de ponerse a gritar que estaba muy bien y que no tenía necesidad de nada. Al instante se dio cuenta del ridículo de sus propias intenciones. Era el príncipe de Salina y como un príncipe de Salina debía morir con un sacerdote al lado. Concetta tenía razón. ¿Por qué pues habría debido sustraerse a aquello que deseaban miles de otros moribundos? E hizo silencio esperando oír la campanilla del viático... Aquel baile de Pantaleón. Angélica estaba perfumada como una flor entre sus brazos".

El contraste entre la naturaleza, la sensualidad y la trascendencia se reproduce en el delirio del moribundo. Ahora la descripción de esta muerte es eminentemente positivista, incluso el ingreso en el más allá con la señora de tul a la que encontró en la estación y que se ofreció impúdicamente a acompañarlo en el viaje a los infiernos. Todo encuentra explicación sin necesidad de incomodar al Padre Eterno. Pero más adelante agrega:

“Lo sentí enseguida. La parroquia de la Piedad estaba casi enfrente, el sonido argentino y festivo se empinaba en la escalera, irrumpía en el corredor, se hizo sentir cuando la puerta se abrió. Precedido por el director del hotel, un suizo molestísimo por tener un moribundo en el propio negocio, entró el Padre Balzano, el párroco, llevando en el copón el Santísimo custodiado por el estuche de piel. Tancredi y Fabrizietto levantaron el sillón y lo llevaron a la habitación, los demás estaban arrodillados. Más con el gesto que con la voz dijo: ‘Via, Via’. Quería confesarse. Las cosas se hacen o no se hacen. Todos salieron. Pero cuando debía hablar se dio cuenta de que no tenía mucho para decir. Recordaba algunos pecados precisos pero le parecían tan mezquinos que realmente no valía la pena haber incomodado a un digno sacerdote en aquel día de calor. No era que se sintiese inocente, sino que era toda la vida la que era culpable. No éste o aquel hecho singular. Había un solo pecado verdadero, el original y he aquí que no tenía tiempo para decirlo. Sus ojos debían expresar una turbación tal que el sacerdote pudo confundirla por una expresión de contrición. Como, en cierto sentido, lo era. Fue absuelto. El mentón, según le parecía, le caía sobre el pecho porque el cura debió arrodillarse para introducirle la partícula entre los labios. Después fueron murmuradas las sílabas inmemoriales que llevaban a la vida y el sacerdote salió”.

Ciertamente el texto reconduce a tantas muertes laicas de la narrativa del Ochocientos.

A la del senador Buddenbrook, por citar alguna. Las visiones metafísicas son experimentadas en la interioridad de una condición debilitada en su valor, pero el relato no expone el informe médico ni la representatividad artística deja irrumpir el poder de la verdad misteriosa en la cual nuestra especie pone una antigua confianza.

No importa que los errores doctrinales sean tomados como herejías cuando no como blasfemias. Importa la necesidad de la metafísica. Si positivísticamente la visión se reduce a la liturgia y al ceremonial, al mismo tiempo las palabras son inmemoriales, y en este punto la fórmula adquiere una verdad, contiene una necesidad. El moribundo lo entrevee, será absuelto.

Si Lampedusa no alcanza la fe, ha sabido describir la duda del positivismo.

Y, al igual que de otras manifestaciones humanas, pensaba que la duda y la contraposición podían encontrar respuesta sólo en la interioridad de la historia. Era una cuestión de identidad.

“Era el príncipe de Salina y como un príncipe de Salina debía morir con un sacerdote al lado”: esta era una tradición secular que no podía ser traicionada. Sin esta identidad la vida hubiera sido en verdad imposible de ser vivida. Si el discurso y el pensamiento de don Fabrizio están al límite de la herejía, la necesidad de la metafísica que la visión le consiente es el fundamento de su absolución.

También vale la pena hacer alguna consideración sobre qué tipo de fe pudiera serle grata. En la primera parte de la novela, después de la aventura amorosa con Mariannina, el Padre Pirrone exhorta al príncipe a la confesión. El príncipe se opone con una réplica impertinente: “¿Por qué debo confesarme? ¡Usted ya sabe todo!” Y de acuerdo al juego de las partes, el Padre Pirrone responde: “Excelencia, la eficacia de la confesión no consiste sólo en contar las culpas sino en el arrepentimiento de haber hecho el mal”.

Acude aquí también el que puede ser definido como el reloj dinástico del escritor.

Palma, el feudo de los Tomasi, había tenido origen en una particular visión de la misión colonizadora de la Sicilia española. Durante el Seiscientos fueron concedidas alrededor de setenta licencias de “*ius populandi*” que llevaban adjunto el título y daba el imperio simple y conjunto. Pero los Tomasi ejercieron esta facultad en el marco de una simbología religiosa: Palma era la nueva Jerusalén, una fundación sagrada, cuyos señores practicaban la vida religiosa. Los fundadores



fueron dos gemelos, el primero tomó los hábitos y el otro quedó en el mundo para administrar el feudo. La misma situación se repitió en la generación siguiente. Cuando el hijo cumplió la mayoría de edad, el primer duque Giulio entró en un convento y su mujer Rosalia se retiró a un monasterio. Pero cuando la sucesión le tocó a un sobrino menor de edad, Rosalia salió del monasterio para educarlo y volvió allí después de haber cumplido su misión. La Iglesia proclamó la santidad de dos de los hijos de Giulio: el cardenal Giuseppe Maria fue canonizado por Juan Pablo II y la monja Maria Crocifissa fue reconocida como venerable.

Estos dos Tomasi fueron colosales amantes de la lengua. Los hermanos se intercambiaban cartas tensas para estimular la ya asidua práctica religiosa; durante el Setecientos éstas fueron impresas en distintas colecciones. El cardenal Tomasi, por otra parte, fue el primer filólogo bíblico que propuso la traducción de las Escrituras del arameo. Esto no había sido hecho desde la Vulgata de San Jerónimo y cayó en sospecha de jansenismo. Eran los últimos años del Seicientos. Este hecho no fue indiferente en la peculiar afección que Lampedusa cultivaba por el jansenismo, La idea de que la búsqueda de la fe debía ser dejada al individuo y no impuesta por un magisterio, le parecía la única búsqueda de la santidad. Lo testimonian muchísimas páginas dedicadas en *Letteratura francese* al caso de Port Royal; ése era el apoyo de su admiración por el pensamiento cristiano.

Al contrario, el pensamiento anticlerical de la Ilustración lo aburría. Cuando en el curso de literatura francesa eligió el Setecientos, según refiere Francesco Orlando, Lampedusa destruyó el período iluminista. Afirmó que la obstinación doctrinaria de los escritores iluministas le daba tedio. Pero ya le había tomado gusto a la escritura y estaba redactando *Il Gattopardo*.

Se exaltaba en cambio con la lectura de *Les Pensées* de Pascal, el único hombre que en su opinión hubiera merecido la santidad. En el pequeño mundo del Palermo de los años cincuenta su idiosincracia antirracionalista había puesto como blanco de uno de sus *Wiked jokes* a uno de sus pocos amigos de verdad. Era Corrado Fatta, ensayista de historia y de filosofía, llamado en el círculo de Lampedusa "le

*philosophe*”, pero el príncipe, en tono bromista agregaba: “*il est ce que les français nomment un pet sec*”. E imitaba el fruncimiento de labios con que los franceses expresan la presencia de un valor inesperado.

Su tesis era que la razón no es capaz de agotar la realidad. La vida de los afectos y de los estados de ánimo le parecía tanto más rica que cualquier sistema. Se trataba quizá de una consideración puramente estética como si la metafísica fuese una productora de extraordinarias experiencias de laboratorio cual pueden ser precisamente algunas estéticas. La metafísica era para él un instante de liberación tanto y como los momentos de revelación literaria. Ésta tenía lugar en la concomitancia de distintas energías liberadoras que eran posibles para nosotros exorcizar sobre todo en la interioridad de una conciencia histórica de la pertenencia. Y de tal conciencia histórica la Iglesia resultaba un componente esencial. La lectura de *Il Gattopardo* como experiencia de la ciencia de la vida, llevada adelante sobre todo por Pampaloni es probablemente la clave de su universalidad. Una ciencia que responde con justeza al precepto del catecismo de Pio X: “¿Para qué te ha creado Dios? Para amarlo y servirlo en esta vida y gozar de él en la vida eterna”.

Al escritor la respuesta no le sería placentera. Un jansenista no ama la solución bella y rápida, aunque este precepto fuera el punto de partida de su actividad de escritor pedagogo. La civilización occidental se había formado por medio de obras e instituciones y la Iglesia contaba entre ellas con una presencia fundamental. Se podía adherir o no a la institución pero no se podía negarla. En este sentido una novela construida sobre el modelo de las aserciones laicas representaba un desvío del pensamiento liberal.

Una última consideración. La novela fue considerada como una apología del inmovilismo, tanto más en un país habitualmente escéptico con respecto al éxito y a la buena intención de los cambios. La frase de Tancredi “bisogna che tutto cambi perché tutto resti com'è” es sin duda la más conocida de la novela. Pero la frase es de Tancredi, no de don Fabrizio. Por otra parte en dos pasajes de la novela se afirma explícitamente lo contrario, es decir que todo ha cambiado.

El primer pasaje es absolutamente explícito: “Sí, aquel hombre rojo, con la barba roja, había vencido. Todo había cambiado”. Son palabras de don Fabrizio agonizante. Advierte que la revolución liberal traída por Garibaldi había producido un cambio de época.

El segundo pasaje está en la última parte. Sólo de vez en cuando esta apoteosis del fin ha sido valorada como uno de los momentos más felices del escritor.

Y por lo tanto es oportuno recordar que *Il Gattopardo* está construida como una sumatoria de eventos y situaciones afectivas radicadas casi siempre en la realidad. La historia de las señoritas Lampedusa y de sus reliquias sucede justo hacia el final de los años veinte. El oficiante en su capilla era mons. Pottino, un eclesiástico de gran cultura histórica al que tuve la fortuna de conocer. También este pasaje nos muestra cómo la problemática de la fe vuelve con insistencia en las reflexiones del escritor. Y en este pasaje Lampedusa ha construido un pequeño relato acerca de los obstáculos que se oponen a la santidad. La inspección de las reliquias sucede en la época del cardenal Lavitrano, por muchos años a cargo de la diócesis de Palermo, pero considerado durante largo tiempo por su grey como distante y con síntomas de *obduratio cordis*. Esta definición bíblica de la insensibilidad, su consecuencia y la impermeabilidad a la palabra divina, estaba muy presente en el escritor. Me referí a ello en una entrevista a *Civiltà cattolica*. Entre los signos de su afecto en mis confrontaciones recuerdo cómo me había puesto en guardia respecto de la *obduratio cordis*: la retracción en la participación afectiva es uno de los más temibles incentivos para la desesperación. Y he aquí la descripción del pastor frustrado:

“el cardenal de Palermo era verdaderamente un hombre santo y ahora que desde mucho tiempo no está más, permanecen vivos los recuerdos de su caridad y de su fe. Sin embargo, mientras vivía las cosas eran distintas. No era siciliano, ni era tampoco meridional o romano y su actividad de septentrional estuvo muchos años esforzada sobre todo a hacer fermentar la pasta inerte y pesada de la espiritualidad siciliana en general y del clero en particular. Ayudado por dos o tres secretarios de su propia región en los primeros años tenía la ilusión de que era posible remover los abusos, sacar los escombros en el

terreno de las más insidiosas piedras que obstaculizaban. Pronto tuvo que aceptar que era como disparar fusilazos a un colchón. Los pequeños agujeros producidos en el momento se rellenaban pocos instantes después con miles de hilos cómplices y todo quedaba como antes, con el agravante del gasto de pólvora, el deterioro del material y el ridículo del esfuerzo inútil. Como todos aquellos que en aquel tiempo querían reformar cualquier cosa del carácter siciliano, se formaba rápidamente acerca de ellos la reputación de cavarse la fosa. En las circunstancias ambientales era exigido y debía contentarse con cumplir obras pasivas de misericordia porque las demás no hacían otra cosa que disminuir más todavía su popularidad salvo que exigieran por parte del beneficiado la menor fatiga posible, como por ejemplo la de trasladarse al Palacio episcopal para recibir su ayuda. He aquí el punto de la dificultad del religioso. El anciano prelado que en aquella mañana del 14 de mayo se trasladó a Villa Salina era pues un hombre bueno pero desilusionado que había terminado por asumir hacia sus propios diocesanos una actitud de misericordia despreciativa a la vez que una reputación totalmente injusta lo empujaba a adoptar modales bruscos y tajantes que lo arrastraban cada vez más al pantano de la falta de afecto”.

La descripción minuciosa de una casuística tiene presente el modelo de la perfección. Describe al cardenal como inferior a la tarea, pero en la revisión de la memoria el punto de vista es compasivo y valorativo.

También Lampedusa debía haber experimentado la *obduratio cordis* y en los tres últimos años de su vida se estaba alejando de ella de una manera tumultuosa.

A este propósito tiene sin duda un lugar de relieve para nuestro tema la visita al monasterio de la familia (que está descrito en *Il Gattopardo* como el Monastero di Santo Spirito y en la realidad es el Monastero del SS. Rosario en Palma Montechiaro). En 1956 y hasta hace tres años la abadesa era sor Maria Enrichetta Fanara, una persona que al candor de la gracia (su lenguaje era simple, la cultura sencilla) unía la rara capacidad de transmitir la certeza de la propia fe. Esta certeza aleteaba sobre el interior de su comunidad y se transmitía al visitante laico. Muchas veces los he acompañado y hemos vuelto

de allí con la convicción de haber encontrado una voluntad fuera de lo común.

El encuentro con Lampedusa en 1956 tuvo casi el efecto de una revelación y la encontramos en las páginas conmovidas de su diario y en la reconstrucción de la entrada de don Fabrizio a Santo Spirito.

Revelaciones análogas en el sentido de que quizá más allá de la materia podría existir otra cosa, Lampedusa las había tratado también en algunas lecturas.

Pienso en Eliot, en el *wounded surgeon* del cuarteto, en su respeto por la poesía de Donne y de Hopkins, en su interés por el drama de Grillparzer sobre la supresión de las misiones jesuíticas en el Paraguay. Un texto quizá demasiado explícito, donde se enfrentan la razón del rey y la razón de la Iglesia, con un final melodramático del jesuita obligado a admitir la debilidad del propio proyecto teocrático. Otras sugerencias derivaron de aquellos años de literatura española. Alrededor de los 55 años Giuseppe quiso aprender el español y recuerdo cómo leíamos juntos los textos. Leíamos un poco de todo, desde la Celestina de Fernando Rojas hasta los autores del siglo de oro. Rojas era un autor afín al pensamiento protestante, San Juan de la Cruz y santa Teresa de Ávila, místicos católicos, y Lampedusa podía verlos como antecedentes de sus antepasados. Finalmente, un texto que en cierto sentido resumía el sentido más verdadero de aquel que según Lampedusa podía ser la relación entre la gracia y el pensamiento laico era *San Manuel Bueno, Mártir* de Unamuno. El relato breve y afortunado cuenta acerca de un párroco que pierde la fe pero continúa diciendo misa para no traicionar la confianza que le tenía la comunidad. Lampedusa consideraba esta acción como estrictamente heroica, un modelo de comportamiento que representaba cuanto llevaba en el corazón: la responsabilidad de una identidad de nuestra cultura, a la cual contará entre los propios modelos además de la trascendencia. Aún si la poseemos, otros podrán tener la suerte de poseerla; no podemos negársela. No será aquella que la Iglesia quisiera para el creyente, pero es cuanto puede ofrecer el pensamiento laico en un contexto por su naturaleza extraño a la prueba científica.

*Traducción: Clara Gorostiaga*